



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Cardozo, Claudia

La familia intramuros.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Cardozo, C. (2025). *Las familias intramuros. Lado B*, 2(2), p. 12. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/5861>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

LA FAMILIA INTRAMUROS

Apego y desapego emocional, por qué lo llamamos así.

Por Claudia Cardozo

Me levanto cada mañana para salir a talleres acompañada de mis compañeras: Karina, Ramona y Kami. Cada día es un poco diferente, desayunamos con lo que hay: mate, té, café, lo que se dé en el momento con lo que quedó del día anterior, algunas tostadas con manteca o quizás algo rico, con toda la suerte, unas facturas. A la hora del almuerzo, se suman otros compañeros, en su mayoría hombres. En una mesa larga nos contamos nuestras buenas y malas, alegrías y tristezas; no faltan esas risas que te hacen caer las lágrimas cuando alguno se manda un bloop, nos atragantamos de tanto reír. Qué linda se ve la mesa, bah, ¿qué mesa? ¡La mesaza! En ese momento, por un rato nos olvidamos del lugar donde nos encontramos. Siempre agradecemos la mesa, que se caracteriza por el menú que le tocó a cualquiera de nosotros, todo rico hecho con lo que hay y si no hay se consigue, por supuesto; a veces hay gaseosa o jugo, pero casi siempre agua. Se comienza a escuchar “provecho”, “provecho”, hasta que alguien corta la serie de “provechos” y vuelven las risas. Nos turnamos para lavar los platos, le toque a quien le toque, acá somos todos iguales. Quién podría imaginar afuera que acá pasan esas cosas.

Trabajar o estudiar, a esto muchos lo llaman el descuelgue. Algunos son responsables y se comprometen; otros se van. Vemos los resultados de cada esfuerzo, las transitorias, las libertades que festejamos como si fueran nuestras, también las pérdidas de familiares que afectan a todo el grupo. Nos ayudamos entre nosotros intercambiando favores, ni se diga si alguno se siente mal, siempre hay alguien dispuesto a ayudar. Cada uno tiene su historia (tenemos), su potencial laboral, su arte y es muy capaz e inteligente, pero detenidos por el momento, con el tiempo congelado en lo que se refiere al afuera.

Formamos un grupo muy lindo; muchos pasamos a llamarnos “familia”. Qué palabra tan grande, pero así es, así sucede. ¿Será porque pasamos todo el día juntos que uno pasa a sentir afecto? ¿Será psicológico, emocional? O tal vez, el mie-

do a sentirnos solos nos hace buscarnos unos a otros tratando de llenar sentimientos vacíos que queremos llenar inconscientemente por lo vivido en la infancia, adolescencia, por qué no adultez. ¿Nos apegamos a personas cuando compartimos vivencias parecidas? ¿O tan solo nos sentimos identificados, aunque no nos una un lazo sanguíneo? Nos reconocemos como familia, no con todos sino con los que compartimos y nos sentimos amados, apoyados y escuchados formando un vínculo de amor y comprensión que tanto necesitamos en este lugar.

Pero no sé si apegarse a las personas será algo bueno o malo, no lo sabemos hasta que nos pasa, hasta que alguien se va en libertad o de traslado y ahí queda ese vacío nuevamente y vuelven a repetirse los mismos patrones emocionales. Acá es muy común adoptar o aferrarse como familia, te llaman “mamá”, “tía” o “prima”, así se va ensamblando la familia suplente. ¿Estará bien llamarla así? Porque es solo por un tiempo indefinido en el que no nos queremos sentir solos y extrañamos a los nuestros que están afuera. ¿Sí o sí se necesita a alguien para no sentirnos tan solos?

No se trata de que acá sea todo color de rosas, pero es cierto que buscamos a alguien en quien apoyarnos, un abrazo, un hombro, un segundo de aliento cuando sentís que todo se derrumba y ya no podés más. ¿Es tanta la necesidad?, me pregunto. ¿Cuáles serán las etapas del desapego? ¿Cuál será el resultado cuando nos volvamos a encontrar en soledad?

Pienso que buscar nuestra propia identidad y aprender cada día de uno mismo a quererse y esforzarse solo, sin sentirse tan cómodo en la compañía del otro, ser libre e independiente ayuda a no sufrir tanto cuando esa persona a la que te apegaste ya no está a tu lado. Pero es difícil.

Quién pudiera sentir, pensar o imaginar lo que ven mis ojos desde mi lugar de trabajo; quién pudiera darle tanto valor como yo desde el fondo de mi corazón. Les digo, no somos compañeros, somos familia, tal vez de paso, de apego, de mentiritas, pero uno se siente tan bien cuando está en familia.